

NO SE PRESTA

Fomento de Vocaciones Eclesiásticas

II

**Quiéres tú ser
Sacerdote?**



IMP. VDA. DE OCHOA
LOGROÑO

218097

8803



FOMENTO DE VOCACIONES ECLESIASTICAS

Quiéres tú ser Sacerdote?



Gobierno
de La Rioja

Educación, Cultura y
Deporte

Dirección General de
Cultura

Biblioteca de La Rioja

P2.211.093

Calagurrís, 24. januarii 1938

NIHIL OBSTAT

Dr. Joannes Ant. Garro

Imprimatur.— † Fidelis Ep.

Hay un sello en tinta que dice:

Obispado de Calahorra y La Calzada

Quiéres tú ser Sacerdote?

Te habla hoy

Jesús bueno, Jesús dulce y amable, Jesús lleno de amor a las almas, de compasión por tantos pecadores, arrastrados por la corriente del mundo, dominados por las concupiscencias carnales, sujetos por ellas al dominio y a la esclavitud de Satanás. Quiéres escuchar sus palabras?

Es el mismo Jesús que bajó desde el Cielo a la tierra para redimir al género humano; el que por nosotros, los hombres, por nuestra salvación, nació pobre en un establo, vivió treinta años de vida interior y oculta, consumió la más preciosa existencia que jamás hubo, en solos tres años de predicación, a unas gentes sencillas, allá en un apartado rincón del Oriente, muriendo, al fin, consumido de amor a los hombres, a los mismos que le despreciaban ingratos y para los cuales, en su muerte, no tiene otras palabras que amor y perdón. No querrás escuchar un poco al dulce, al bueno, al amoroso Jesús?

Te habla Jesús

Como hablaba, durante su vida mortal, a los chicos de la escuela, a los jóvenes del pueblo y de la ciudad, aun a los mismos adultos, a todos cuantos hallaba en sus correrías apostólicas, cuando se hallaba ocupado en formar y organizar la Iglesia que había fundado.

Entonces, como ahora, le atraían, de modo especial, los niños, los jóvenes, los adultos que se distinguían por la sumisión y docilidad a sus padres, por la pureza de costumbres, por su educación religiosa y vida recogida de familia, por su alejamiento de las malas compañías, de las diversiones peligrosas, de las ocasiones del pecado. En muchos de esos niños, de esos jóvenes y adultos, se fijó la apacible mirada del buen Jesús, y a muchos de ellos, les dijo con suma dulzura: Quiéres tú, hijo mío, quiéres ser sacerdote?

Hoy también, como entonces, la dulce mirada de Jesús, los amables ojos del amable Jesús, se van detrás de tantos niños piadosos, modelos de pureza y de virtud, de tantos jóvenes de conducta moral y religiosa intachable, de tantos adultos a quienes, lejos de seducir los placeres del mundo, sus diversiones y vanidades, atraen, por el contrario, y encantan, los ideales de apostolado, las santas empresas de Dios.

A todos estos niños, jóvenes y adultos, hoy también Jesucristo, el dulce y amable Jesús, en la renovación emprendida del fervor en su Iglesia, se llega cariñoso, como en los días de su vida mortal, para decirles en la intimidad y secreto: Quisieras tú, hijo mío, quisieras ser sacerdote?

Y notarás

Que, al hablarte Jesús, en el eco de su voz, al decirte en la intimidad tan dulces, tan insinuantes palabras, hay un acento de amargura y tristeza. Por qué estará triste el corazón amante del buen Jesús?

Y cómo no ha de sentir pena y tristeza el dul-

ce, el amante Jesús? Qué respuesta recibe, no ya por parte de los malos, de los disipados y tibios, de los que cierran los oídos y vuelven la espalda para no tener que oír su voz, ni contemplar su rostro divino, sino de los muy buenos, de los escogidos, de los amigos queridos, que tantas veces le han dicho en el banquete de la comunión que tienen en él sus delicias, de los mismos que le reciben a diario, de aquellos que le visitan, le defienden, le estudian, le enseñan a otros para que todos le conozcan, le amen y sirvan? Qué respuesta le dan cuando Jesús les dice al corazón: Quiéres, hijo mío, ser sacerdote?

Hay, acaso, muchos que generosamente dicen a Jesús: Yo te seguiré, Señor, a donde quiera que tú me lleves; yo iré por los caminos que tú me indiques, por la vocación que tú quieras? Son, por desgracia, muchos, casi todos, todos en ciertas clases sociales, los que, a la invitación de Jesús, retroceden, tienen miedo a entregarse al buen Dios por entero, y le dicen por toda respuesta: Déjame ser maestro, abogado, médico, industrial, cualquiera otra cosa; déjame seguir cualquiera otra profesión o carrera, donde, a la vez que siga tus doctrinas, pueda gozar de las comodidades y honestos entretenimientos del mundo. Entregarse del todo a Dios y al ministerio de las almas, renunciar del todo a la vida moderna, cuando otros la siguen, ser sacerdote, es demasiado sacrificio. No quisieras invitar a algún otro?

No ha de sentirse triste el buen Jesús, después de tantos desaires recibidos de sus amigos, al hacerles cariñoso la grande invitación: Quiéres tú, hijo mío, quieres ser sacerdote?

Yo no sé

Si antes ya te lo ha preguntado Jesús; si de antemano te tiene el buen Jesús hecha esta invitación. No sé la respuesta que acaso le tengas ya dada. Yo voy a permitirme rogar a Jesús que te invite de nuevo, que te pregunte otra vez, joven piadoso, por tus deseos e intenciones futuras. Y para que respondas a Jesús; para que contestes, no a tontas y a ciegas, sino como hombre y cristiano, como amigo reflexivo y juicioso, no llevado de primera impresión y de la corriente del siglo, sino con madura deliberación y después de juiciosamente pensado, no te parece que hablemos un poco de esa invitación de Jesús, de su llamada para ser sacerdote? Le negarás esto siquiera al bueno, al dulce Jesús?

Te he visto muy piadoso entre los Luises y en las Congregaciones Marianas; te he visto formar animoso entre los jóvenes aspirantes de la Acción Católica, la gran Cruzada del Papa; hasta los prismáticos de campaña me han revelado tu vida de piedad, tu constante fervor, tu vida de apostolado en el campo de guerra, en el fragor de la lucha. Todo ello me dice que sientes dentro de ti algo que te agita, que quisiera despegar tu corazón de la tierra en vuelo atrevido y sublime, remontándolo a elevadas regiones donde la atmósfera sea más pura, más preciosos los objetos, más nobles las personas... No será, acaso, la voz de Jesús resonando en el fondo del alma, el eco dulce de la voz de Jesús, que hace tiempo, sin darte cuenta de ello, te está diciendo al oído: Quiéres, hijo mío, quiéres tú ser sacerdote?

No me digas

Lo que hasta ahora vienen diciendo muchos de los buenos, de los piadosos, al dulce y cariñoso Jesús: Con cuánto gusto sería yo sacerdote!; pero nadie lo es de mi clase; voy a ser nota discordante; mi edad, mi posición, mi familia, no van a decir bien con la clase, con el medio ambiente del que salen hoy y son los demás sacerdotes.

Pero no ves que por eso mismo debes tú ser sacerdote? Has medido el mérito inmenso que vas a tener al romper esos valladares levantados por la necesidad y el orgullo? No ves el inmenso beneficio que vas a hacer a las clases elevadas, al abrir a sus hijos las puertas del santuario y del sacerdocio? No percibes ya el eco de las infinitas bendiciones que por doquiera se oyen, por el retorno a la Iglesia del hijo pródigo, la clase elevada, que por causa de las riquezas, por gozar de los placeres y comodidades del siglo, hace tiempo que se despidió de la casa del Padre, del sacerdocio cristiano?

Quién sabe si eres tú el escogido por el buen Jesús, para esa empresa grandiosa, para ese nuevo apostolado en la Iglesia Católica! Quién sabe si será ese el misterioso y profundo significado de las dulces y melancólicas y sentidas palabras del dulce Jesús, cuando antes te ha dicho y ahora te repite: Quiéres, hijo mío, quiéres tú ser sacerdote?

Debes ser generoso

No seas mezquino; debes ser generoso, porque lo ha sido contigo, y muy de veras, por

cierto, el amante Jesús. Dímelo con toda sinceridad: qué más ha podido hacer contigo el bueno, el generoso Jesús? A quién debes los buenos padres que tienes, quién te ha preparado los bienes de fortuna, de quién es el talento y la salud que posees tú y a otros les faltan, la educación esmerada y piadosa, el buen natural que te lleva a huir de los viciosos y malos, el que no hayas caído, que no te hayas sumergido en el fango de ciertos vicios, como lo sabes de otros que no hace mucho eran tan buenos y aun mejores que tú..., esas luces, esas inspiraciones y deseos y propósitos, nacidos en tu alma al recibir a Jesús, en las visitas ocultas y secretas que sueles hacerle, en la meditación de la mañana, en la lectura espiritual de la tarde...; tantas cosas buenas como guardas en secreto y yo y el ángel de tu guarda pudiéramos decirte, no ves que son otras tantas finezas, otros tantos cariños del buen Jesús, que suavemente te disponía para el momento interesante, para cuando llegase la ocasión de preguntarte y decirte: Quiéres, hijo mío, quiéres tú ser sacerdote?

Sólo para el buen Jesús, sólo en esta ocasión serás de corazón pequeño y mezquino? Por una sola vez, dejarás de ser generoso? Qué vas a responder si Jesús te llama, si Jesús te invita, si otra vez te dice Jesús: Quiéres, hijo mío, quiéres tú ser sacerdote?

Noble misión

Es la misión del sacerdote en la tierra. Tiene su vida escondida y oculta, que debe dedicar por entero al ejercicio de la virtud más sublime: el recogimiento, la oración, el trato con-

tinuo e íntimo con Dios, la mortificación de sentidos y la mortificación e inmolación interior, el aislamiento del mundo, la separación total de sus goces, de sus diversiones y vanidades, el estudio metódico y constante, un serio reglamento de vida, vida de seriedad, de orden y regularidad, digna de un hombre de fondo y de lastre, no superficial y ligero; tal es la vida interior del sacerdote, la vida dentro de casa, la que no aciertan a comprender los que se derraman inútilmente en una vida del todo exterior.

No es cierto, querido joven, que al reconcentrarte allá en tu interior, en el silencioso santuario de tu alma, cuando no te dejas llevar de la corriente general de disipación y ligereza, no es cierto que sientes deseos, que anhelas una vida de esa clase, que satisfaga al alma y llene el corazón, una vida más elevada que la que viven muchos jóvenes de ti conocidos, a quienes no supieras encajar bien el nombre y, mucho menos, la dignidad de hombres, de cristianos, de seguidores de Jesús, con piedad sincera y sólida formación?

No será una delicadeza del buen Jesús, para apartarte de próximo peligro de esa vida, el dejarte una vez más oír su voz, que te dice: Quiéres, hijo mío, quiéres tú ser sacerdote?

Es, además, apostolado

El sacerdocio católico. No cumple bien el sacerdote si, además de esa vida íntima, no vive otra vida pública y social, cuyas virtudes externas iluminen las tinieblas que hoy, más que nunca, obscurecen los entendimientos: tinieblas de ignorancia, de falta de interés, de positivos

y crasos errores en materias morales y en asuntos religiosos, lo mismo en las gentes del pueblo que en las personas que se dicen ilustradas y de carrera. Virtudes que, además, han de ser sal de la tierra, que haga sabrosas y saber a gusto de cielo las prácticas y obras, las máximas insípidas o malsanas, hoy en el mundo de consumo corriente, que por carecer de esa sal, la virtud comunicada por la vida del sacerdote, van dejando las almas famélicas y escuálidas y los corazones vacíos y hambrientos.

No es verdad, joven querido, que si noble, elevada y sublime es la vida, la misión sacerdotal en su vida escondida, no lo es menos en su aspecto público y social? Qué piensas responder al buen Jesús, cuando de nuevo te diga: Oye, hijo mío: ¿quieres o no, ser sacerdote?

Adéntrate más todavía

Profundiza en el estudio y conocimiento de la vida, de la dignidad sacerdotal; tengo bien conocida la nobleza de tu alma y estoy seguro de que si depuestos los prejuicios y prevenciones de clase y de ambiente, deshechos los errores entre vosotros sembrados por vuestro peor enemigo, la propia estimación, te acercas al sacerdote, le tratas de cerca, le estudias con cariño y corazón generoso, con esa noble alma que encierras, le vas a querer, le vas a estimar, vas a hacerle objeto predilecto de tus ideales y amores.

Porque hay en el sacerdote, mirado con los ojos de la fe, debajo de pobres apariencias, múltiple vida sobrenatural e interior, cuyos consuelos, cuyos goces y satisfacción, con ninguna

otra cosa pueden compararse, porque nada igual tienen en el mundo. Los distraídos, los derramados, apartan su corazón, desvían su pensamiento de esa múltiple vida, cuyos misterios reserva Jesús para sus almas queridas, aquellas almas escogidas que dóciles escuchan su voz, cuando él, amoroso, les dice: Quiéres, hijo mío, quiéres ser sacerdote.

Maestro divino

Superior a todos los demás maestros, profesores y educadores; su magisterio es más elevado; su ciencia, más sublime; su doctrina y enseñanza no es terrena, sino celestial. Como las divinas enseñanzas del buen Jesús superaron a toda doctrina de los filósofos de su tiempo y de épocas anteriores, así nada tienen de comparable las enseñanzas profanas, todas las otras ciencias y artes, con la doctrina y enseñanzas del sacerdote de Cristo; aquéllas ilustran y ensanchan, la del sacerdote forma, alimenta, conmueve y consuela. Consuela y fortifica a los otros, pero siendo a la vez para él fuente inagotable de fortaleza, manantial rico e inagotable de purísimos consuelos. Quien busca la ciencia del mundo, siente más hambre, mayor sed; quien bebe las aguas vivas del sacerdocio cristiano, nunca tiene sed de consuelos terrenos.

Puede haber algo más grande que continuar la predicación de Jesucristo, inculcar a los hombres y sembrar en sus corazones las enseñanzas divinas? No es verdad que sientes que te atraen las palabras de Jesús: Quiéres, hijo mío, quiéres tú ser sacerdote?

Médico celestial

Has visitado alguna vez un inmenso hospital donde se dieron cita todas las miserias y dolencias humanas? Has conocido allá algún médico enamorado de su profesión, corazón grande para compadecerse y generoso para curar sin retribución alguna toda clase de heridas, enfermedades y llagas, por repugnantes que sean? No admiras a este hombre, no sientes por él veneración y le miras con respeto?

Ahí tienes al sacerdote. Las enfermedades del alma, las llagas profundas del corazón, las dolencias morales y miserias de la pobre humanidad, quién podrá contarlas, compadecerlas y curarlas? Sólo aquel hombre cuya divina misión, cuyo encargo recibido del buen Jesús, del compasivo Jesús, es penetrar en los bajos fondos del alma, escuchar y compadecer miserias morales, examinar y curar llagas y heridas, por más profundas y repugnantes que sean. Y todo ello hacerlo con corazón paternal, con amor intenso y desinteresado, con la misma caridad que Jesús prodigó a los miserables y pecadores. Y esto siempre y con todos, y sin tener en cuenta la fiel correspondencia o la negra ingratitud. Puede haber cosa más grande y sublime? Oh, tú, joven que aspiras a lo grande, que creías acaso tener vocación para el noble estado y honrosa profesión de curar enfermedades y llagas del cuerpo, no piensas que acaso tu misión es más sublime, la de curar las llagas del alma? No piensas que acaso Jesús te está diciendo hace tiempo: Quiéres, hijo mío, quiéres tú ser sacerdote?

Obrador de milagros

Oh, quién pudiera hacerlos!—has dicho muchas veces en los momentos dulces de fervor. Oh, si yo pudiese destruir el poder del demonio que tan suelto anda, dominándolo todo con sus tres concupiscencias! Oh, si yo pudiera disipar tantas tinieblas de ignorancia religiosa, tantos errores dogmáticos y morales, base de la corrupción, descreimiento y depravación de esta miserable actual sociedad! Si yo pudiera encarcelar todos los vicios y depravaciones morales, individuales y sociales, y dejar reinando solas las virtudes y buenas costumbres! Si yo pudiera hacer corazones impenetrables al vicio, sensibles y abiertos a toda virtud; que los ideales presentes, mezquinos y materiales, se elevasen de improviso al orden sobrenatural! Si yo pudiese multiplicar a Cristo, con sus poderes divinos, para llevarlo a todas las almas, para hacerle entrar en todos los hogares, para constituirlo dueño y señor de todas las naciones y pueblos! No es verdad, joven querido, amigo y escogido de Jesús, que sientes esos deseos, que son esas las ansias de tu buen corazón? Y no sabes tú que el sacerdote destruye el imperio del demonio, disipa la ignorancia y errores, preserva y sana de la corrupción los corazones, multiplica las virtudes, eleva los ideales, hace multiplicarse realmente a Cristo, lo reparte a los fieles, le hace penetrar en las familias, dominar en las naciones y pueblos? No sabías que tal era su misión? Comprendes bien ahora que nada hay más grande, más divino, nada más digno para ti, más precioso y estimado de Dios que la dignidad sacerdotal, ser un buen sacer-

dote? Qué vas a responder ahora, cuando te diga Jesús: Bien, hijo mío, y ahora, quiéres ser sacerdote?

Un día, Jesús había descubierto a sus allegados, a sus más queridos, la infinita obra de amor que pensaba realizar. Algunos correspondieron a sus finezas volviendo la espalda y dejando su compañía. El buen Jesús, con acento dolorido, pero dulce en extremo, se llegó a sus amados y predilectos y les dijo en reproche amoroso: También vosotros tratáis de marcharos? Es que tampoco vosotros aceptáis mi invitación ni os resolvéis a ser sacerdotes?

Hoy, también Jesús

Mostrando una vez más las finezas de su amante corazón, la infinita generosidad y grandeza de su amor divino, después de agotar los insondables tesoros de su sabiduría divina discurrendo, de su amor divino planeando, de su divino poder ejecutando las mayores manifestaciones y las obras más admirables en favor de los hombres, hasta hacerlos sus enviados, sus embajadores, sus ministros y representantes, con nombre y dignidad, con misión y poderes de Dios, al ver que a todo eso muchos corresponden con indiferencia, con desconocimiento, con falta de estima y aprecio; al ver cuántos y cuántos al oír la voz de Jesús que les invita, les llama al sacerdocio, corren a esconderse en alguna carrera profana, en una profesión secular, por falta de generosidad para escucharle y seguirle de cerca, hoy también Jesús siente tristeza, su corazón se angustia, se siente herido por la ingratitud y desvío y no puede menos de dejar

escapar de su sangrante corazón esta queja amorosa, cuyos ecos llegan a los buenos corazones, que le aman y quieren darle consuelo: No quíeres, al menos tú, hijo mío, no quíeres ser sacerdote?

Ea, pues, joven generoso

Anímate, recibe aliento, arrójate en la providencia y en los brazos de Jesús bueno, de Jesús dulce, de Jesús generoso en comunicar alientos, fortaleza y amor. Confía en su gracia y ayuda y no mires tan solo a tus fuerzas y cualidades. No hagas caso ni te dejes seducir de voces insidiosas que vendrán a repetirte las consabidas frases y dificultades, hijas de un ambiente malsano y de falsos prejuicios. Entrégate, ofréctete con ánimo generoso, con entrega completa y del todo a Jesús. Levanta tu mirada para ver tu gran misión en la tierra, tu infinita, eterna, inmensa recompensa en el Cielo. Aquí, en la tierra, tendrás paz del alma, sosiego del corazón, satisfacción sentida, conciencia sosegada y tranquila, vida íntima con Dios, elevación sobre todas las personas y cosas terrenas, algo secreto, íntimo, inexplicable, que sólo puede conocerse cuando llega a sentirse. Pero más allá, en las regiones del Cielo, en las alturas de tus ideales y ensueños, en las moradas del buen Jesús, después de esta vida de entrega, de sacrificio oculto en la tierra, quién puede acertar a definir las generosidades de Jesús en el Cielo?

Ea, joven querido; purifica tu alma en confesión especial; recibe después una vez más y con todo fervor al buen Jesús, y después que

hayas así comulgado, abre tus oídos a las palabras de Jesús, escucha su voz suave, penetrante, impregnada de tristeza por la conducta de otros, de esperanza por la respuesta que espera de ti: Quiéres, hijo mío, quiéres ser sacerdote?

Quiero ser sacerdote!

Si, Jesús bueno, quiero ser sacerdote. Lo quiero porque ese es tu deseo; porque te has dignado elegirme e invitarme para que lo sea. Lo quiero para asegurar más la pureza del alma y la vida de fervor. Lo quiero para llevar a las almas las enseñanzas divinas, para comunicarles el sabor y la vida de las virtudes cristianas, para curar las llagas del alma, para perdonar los pecados del mundo, para tener la dicha de tenerte en mis manos, de multiplicarte y comerte y darte a comer a los otros, para llevarte al corazón de los hombres, al seno de las familias, al pensamiento y al amor de las mismas naciones. Para unirme contigo, para vivir tu vida, saborear tu amistad, gozar de tu intimidad. Para consumirme como tú en una vida oculta y sublime, de continua inmolación y sacrificio, para vivir muriendo y morir resucitando a una vida gloriosa, incomprensible porque tú lo eres, eterna con tu eternidad, donde tú mismo serás mi recompensa.

A tus órdenes, Jesús bueno; yo quiero ser sacerdote!

A. M. D. G.

R

8863

X

Gobierno de  La Rioja
BIBLIOTECA DE LA RIOJA



10000346174

Depósito : En el Seminario de Logroño